

# Los retos de la política y el tiempo de la juventud

—» CARLOS CASTILLO

Director editorial y de cooperación institucional de la Fundación Rafael Preciado Hernández de México. Director de la revista *Bien Común*.

Miradas a un año convulso

Del ámbito global al espacio local, el año 2016 dejó un legado complejo de descifrar, con implicaciones que afectaron el modo de ejercer la política, de entender lo público, de asumir lo común. Puede afirmarse, sin temor a exagerar, que ese periodo representó un punto de quiebre que, sin caer en catastrofismos ni en augurios terminales, sí exige una reflexión necesaria, porque no son pocos los supuestos que

se confirmaron y que demuestran los diversos padecimientos de un sistema político, el democrático, puesto no pocas veces en tela de juicio por sus resultados, cuestionado o incluso ignorado por sus protagonistas, los ciudadanos, y al que hoy se mira con cierto recelo, como si hubiera dado ya de sí, como si la imaginación ya no alcanzara para responder a una sociedad compleja, cambiante, plural y cada vez más diversa.

Son precisamente esos cambios en las sociedades lo primero que conviene analizar, para así entender cómo una realidad más volátil que nunca demanda nuevas formas de enfrentarse desde lo público y su administración. En ese sentido, la obra de Moisés Naím (2013) es clave para arrojar un poco de luz sobre lo que ocurre en nuestros días, sobre todo porque logra agrupar y establecer un marco teórico para descifrar qué ocurre y por qué. Así, y a grandes rasgos, de acuerdo con la tesis de *la revolución del más*, el venezolano demuestra cómo la ampliación de diversos aspectos de la vida —comunicaciones, movilidad, mentalidad— ha trastocado el modo en que se entiende el poder, y que esto afecta todos los aspectos de la existencia humana, desde la familia, las iglesias, las empresas y, sobre todo, aquello cuya labor consiste en administrar ese poder: la política.

Un sociedad más informada se empodera, deja de ser receptora pasiva para volcarse a la construcción de lo común. Esto, en principio, es de sumo positivo, porque la democracia se fortalece a partir de la adición de ciuda-

danos interesados en asumir un papel activo. Pero ocurre que cuando la política no está preparada para recibir esa, digamos, oleada participativa, la fuerza que despierta se vuelca en contra del propio sistema porque lo percibe cerrado, distante e incapaz de ser cauce para el ímpetu social. Señala Naím (2013, p. 117):

La revolución del *más* está creando grupos de electores más formados y mejor informados, que tienen menos probabilidades de aceptar de forma pasiva las decisiones del gobierno, más propensos a examinar detalladamente el comportamiento de las autoridades y más activos a la hora de buscar el cambio y reafirmar sus derechos. La revolución de la *movilidad* está haciendo que la composición demográfica del electorado sea más variada, fragmentada y volátil [...]. La revolución de la *mentalidad* genera un escepticismo creciente ante el sistema político en general.

Ante estas nuevas circunstancias llega el cuestionamiento, justificado, sin duda, de cuán adecuado es el sistema para responder a la nueva realidad, y a ello sigue el silencio de una clase política atónita frente a lo que ocurre. Esa falta de respuestas hace que el interés decaiga; se manifiesta en la apatía y sus expresiones de abstencionismo electoral o desinterés en lo público, y lleva como última y más dramática consecuencia la vuelta hacia lo privado, frustrados el ánimo y la voluntad, culpando a *los políticos* por su

cerrazón, trocando ese despertar cívico en decepción, descalificación y final indiferencia.

A mayor y más informada participación cabría esperar partidos mejores y más abiertos. Frente a una sociedad que se organiza de nuevas y diversas maneras, se esperaría que las fuerzas políticas tradicionales reaccionaran para recibir esa inquietud y esa voluntad de involucramiento. Pero ocurre lo contrario: la normalización y profesionalización de esos partidos ha devenido en burocracias sólidas, más ocupadas en la obtención y conservación del poder que en representar las demandas ciudadanas. La burocracia, por definición, es cerrada, distante, fría; Kafka lo ejemplificó como nadie desde principios del siglo xx y advirtió sobre su efecto mecánico y repetitivo; más cercano a nuestros días, Peter Mair (2015) advirtió sobre cómo la democracia se vacía de ciudadanos para quedarse solo con *profesionales*, elites que se oponen a ese *más* o que lo aceptan solo en la medida en que puede traducirse en votos:

[...] los partidos están fracasando a consecuencia de un proceso de retraimiento o abandono recíproco, en virtud del cual los ciudadanos se retiran a la vida privada o a formas de representación más especializadas y con frecuencia *ad hoc*, mientras que los líderes de los partidos se retiran a las instituciones y sus términos de referencia cada vez más son sus roles como gobernadores o cargos públicos. Los partidos están fracasando porque la zona de in-

teracción —el mundo tradicional de la democracia de partidos, en el que los ciudadanos interactuaban con sus líderes políticos y se sentían vinculados a ellos— se está vaciando (p. 34).

Caemos, de este modo, en democracias electoreras, con partidos interesados solo en el triunfo y los comicios, pero incapaces de demostrar su necesidad e importancia como puentes cotidianos entre el ciudadano y el poder, como vehículos de inquietud y participación, como puertas de acceso hacia lo público. Este distanciamiento y estos cambios sociales que no son súbitos ni nuevos, pero que en este 2016 se concentraron en hechos notorios —el plebiscito colombiano, la caída del primer ministro italiano, Matteo Renzi, la salida del Reino Unido de la Unión Europea, el triunfo de Donald Trump—, así como las nuevas formas de entender y ejercer el poder por las sociedades, han traído como consecuencia que, por ejemplo, las herramientas y los instrumentos de evaluación del poder fracasen en su intento de medir lo que piensa o podría decidir la sociedad, porque se asume que se puede calcular con los mismos parámetros de siempre aquello que a todas luces ya no es igual. Ese cambio es precisamente el de la relación de la gente con el poder, gente que sin hallar respuestas adecuadas en la política y sus representantes pasa de manera natural de la falta de representatividad hasta el extremo de lo antipolítico.

## Legitimidad en retirada y la reacción antipolítica

En los sistemas democráticos, la reacción generalizada frente al distanciamiento de los partidos y la ciudadanía se traduce en una cada vez mayor abstención en los procesos electorales. Menor participación se traduce así en falta de representatividad, lo que incide en la legitimidad de los gobernantes: a este fenómeno hay que añadir el de los llamados *millennials*, un sector de la población que se distingue por ser nativo digital, escéptico ante la abundancia informativa y la falta de filtros para priorizarla y ordenarla, que creció en un entorno donde la mayor convivencia se produce a través de las redes sociales y que es propicio a un individualismo que aleja al sujeto de la comunidad tradicional, es decir, aquella personalizada y directa de la que se sirvió tradicionalmente la política, antes de replegarse sobre sí misma. El *millennial* tiene pocos incentivos a la participación en lo público o se limita a aspectos específicos y muy acotados, que es donde los partidos monotemáticos (ambientalistas, promminorías, entre otros) o las organizaciones de la sociedad civil, también en su mayoría monotemáticas, han tenido un creciente éxito.

Este nuevo sector se suma al desencanto de la política tal como la practican los grandes partidos que aún encabezan las democracias occidentales, esto es, con programas que buscan abarcar e incidir en la realidad en su conjunto, para dar en cambio preferencia a soluciones que buscan la inmediatez y la especificidad. De este modo, las grandes militancias que ensancha-

« El *millennial* tiene pocos incentivos a la participación en lo público o se limita a aspectos específicos y muy acotados, que es donde los partidos monotemáticos (ambientalistas, promminorías, entre otros) o las organizaciones de la sociedad civil, también en su mayoría monotemáticas, han tenido un creciente éxito »

ban las filas partidistas se reducen, dando paso, de nueva cuenta, a elites que, como se señaló en el apartado anterior, admiten de manera exclusiva a expertos en el ejercicio de la política.<sup>1</sup> Y al haber expertos, los ojos de una sociedad con mayor información pueden centrarse de manera fija y constante en un grupo determinado, encargado de conducir lo público, lo que en palabras de Pierre Rosanvallon (2008) ha generado una *nueva dimensión del poder*:

<sup>1</sup> Sobre el tema puede consultarse, del autor, «Políticas humanistas: de la hiperespecialización al profesionalismo», en Carlos Castillo López (2015). *La urgencia humanista. Alternativa para el siglo XXI*. México: FRPH, p. 46. Disponible en <[www.frph.org.mx/fundacion/ediciones/descarga-de-libros/descarga-doctrina-del-pan](http://www.frph.org.mx/fundacion/ediciones/descarga-de-libros/descarga-doctrina-del-pan)>. Para mayor referencia véase Colomer (2015).

La conducta de los gobernantes [...] se ha vuelto extremadamente sensible en la conciencia ciudadana, sin que aún haya sido teorizada como tal. De ahí la tensión que se establece en lo sucesivo entre una *democracia de decisiones* (encastrada propiamente en la dinámica del sufragio universal) y una *democracia de las conductas* (que, en lo que a ella respecta, remite a un imperativo de consideración de todos los ciudadanos) (p. 39).<sup>2</sup>

En ese sentido, los medios de información y las redes sociales han resultado determinantes para acercarse al poder y vulnerar espacios de opacidad que arrojan otro elemento de pérdida de legitimidad política: la corrupción, que es quizá en este momento el mayor elemento de distanciamiento de la ciudadanía con el sistema democrático y sus actores. Si a esto se añade la impunidad, la distancia se convierte además en decepción, lo que genera un círculo destructivo que carcome las bases de participación política que hacen

posible una democracia. El siguiente paso llega, empero, cuando a la línea distancia-decepción se añade lo que en la literatura especializada se ha llamado *antipolítica*, «una política realizada por actores ajenos al sistema partidario que compiten en el juego electoral con recursos sacados del arsenal de la crítica contra los partidos y las elites políticas establecidas» (Schedler, 1994, citado por Mayorga, 1997).

La antipolítica es, por decirlo de algún modo, el fenómeno por excelencia de nuestro tiempo, el que explica de mejor manera lo ocurrido durante el año 2016 y el que, además, arroja mayor claridad sobre muchos de los hechos que han minado la democracia y la legitimidad de sus actores en los últimos años. Entre sus principales consecuencias se encuentran:

- ▶ el resurgimiento de un populismo de derechas en Europa Occidental —Francia, Alemania, Polonia, Hungría—, al cual podemos añadir el populismo de izquierdas representado, en España, por Podemos;
- ▶ la retórica antiestatista de la derecha republicana en los Estados Unidos;
- ▶ el triunfo de candidatos en Latinoamérica que promueven una retórica antipolítica, como el caso de Chávez en Venezuela, de Correa en Ecuador, de Fujimori en Perú o de Evo Morales en Bolivia;
- ▶ el desencanto popular con la clase política en viejas y nuevas democracias;
- ▶ la presencia notoria de argumentos antipolíticos en el discurso de los medios de información;

2 Esta *democracia de las conductas*, siguiendo con el autor, debe pasar por una reformulación del trabajo de los medios de información; tras la elección de Donald Trump se generó un debate al respecto que, si bien menor y opacado por las alarmas que encendió el triunfo del magnate estadounidense, ha implicado reacciones acerca de la responsabilidad informativa y sus consecuencias en la calidad de la democracia, las redes sociales como espacio de difusión de noticias falsas y, en suma, mucho de lo que hoy se agrupa en el término *posverdad*. Un resumen de esta tendencia puede leerse en Agustina Carriquiry (8.2.2017). «Bienvenidos a la posverdad». *Diálogo Político*, <http://dialogopolitico.org/?p=3732>. Para mayor abundancia en el tema véase R. Keyes (2004).

► la emigración de la soberanía desde lo político hacia la sociedad civil.

Se manifiesta, por otra parte y a partir de Habermas (1994), en cuatro variantes:

- a. Antipolítica instrumental: Busca situar a expertos técnicos (tecnócratas) en el trono de la política, lo que genera que toda discusión o diálogo (base del ejercicio de la democracia) sea calificado como pérdida de tiempo que abre paso a la corrupción y a la ineficacia.
- b. Antipolítica amoral: Comprende a la política como un juego de poderes, una negociación donde la maximización de las utilidades la convierte en un juego cuasicomercial de intercambio de bienes y favores. La llamada *rational choice* claramente merece ser calificada como antipolítica.
- c. Antipolítica moral: Clausura el espacio del debate político invocando definiciones absolutas, incambiables, inviolables, que se asumen como principios primeros.
- d. Antipolítica estética: Minimiza el poder de la palabra para dar primacía a la imagen. Reduce la deliberación y la toma de decisiones a una operación teatral donde prevalece la máscara sobre el rostro, la belleza sobre la verdad, lo simbólico sobre la comunicación verbal, el truco mágico sobre la medida real, lo virtual sobre lo actual, el ritual cómodo sobre la experiencia compleja de aprendizaje (Schedler, 1997, pp. 13-14).

A estas consecuencias y variantes es útil añadir las condiciones previas

« La antipolítica es el fenómeno por excelencia de nuestro tiempo, el que explica de mejor manera lo ocurrido durante el año 2016 y el que, además, arroja mayor claridad sobre muchos de los hechos que han minado la democracia y la legitimidad de sus actores en los últimos años »

que detecta Woldenberg (2013), basado también en Schedler, para el establecimiento y el desarrollo de la antipolítica:

- «La constitución de partidos *antiestablishment* político cuyo discurso central es el de acusar a los partidos establecidos de formar un cartel excluyente»;
- Designar al «pueblo, a la sociedad, a los trabajadores como encarnaciones de lo virtuoso, mientras que los políticos, los partidos, los órganos representativos son manifestación del mal»;
- «Convertir las diversas opciones [partidos políticos] en un conglomerado indiferenciado y luego atribuir a ese conglomerado todos los males que aquejan a la venturosa y limpia sociedad».

Entender las manifestaciones y formas en que la antipolítica se presenta es decisivo no solo para atajarla, sino, sobre todo, para detectar su presencia en sociedades como la latinoamericana, donde la desigualdad, la carencia

de oportunidades laborales o de ascenso social y las fallas de distribución adecuada de la riqueza se han convertido en alicientes para el discurso y los actores políticos llamados mesiánicos, demagogos y, en resumen, populistas. En ese sentido, el recién fallecido filósofo Tzvetan Todorov (2012, p. 140) fue enfático en señalar cómo la democracia genera —por su naturaleza de libertades y su caída en un neoliberalismo económico exacerbado y sin contrapesos, o donde el Estado se ausenta y cede a las presiones del mercado— a sus propios *enemigos íntimos*: el fortalecimiento de los individuos en detrimento de la sociedad (donde caben las aseveraciones de Naím, Mair y los *millennials*); la economía que deshumaniza (en el sentido de que esta no puede seguir siendo «el sentido último de la vida humana [...] corresponde a la sociedad en su conjunto someterla a las exigencias políticas y sociales, que se deciden en común»); y el populismo, que ofrece soluciones simplistas y mantiene el discurso maniqueo que termina por ser excluyente, gregario y parcial.

Una análisis detallado del proceso electoral de Estados Unidos y el éxito de Donald Trump arroja, para concluir, la suma de prácticamente todas las características detalladas hasta este momento, y puede resumirse de la siguiente forma: 1) un actor externo a la política, 2) que se abre paso a partir de un discurso maniqueo, 3) que divide a la sociedad y halla enemigos claros que vencer (los emigrantes, el sistema), 4) capitalizando el descontento social y económico de las *víctimas* de la globa-

lización, 5) descalificando a los actores tradicionales, 6) cuestionando su legitimidad, 7) y convirtiendo a la política en un escenario donde prevalece el carisma, la osadía y la temeridad. Lo más alarmante es que la fórmula pareciera infalible y poco a poco cobra nuevos adeptos alrededor del mundo: de ahí la urgencia de que los partidos tradicionales sean capaces de ofrecerse como alternativa seria, responsable, decididos a sumar y encauzar a la ciudadanía hacia la construcción en común de una nueva forma de hacer política o, al menos, una que se presenta como alternativa efectiva frente a la antipolítica.

### Recuperar lo perdido: ciudadanía, causas, soluciones

La distancia entre ciudadanía y poder tradicional es un hecho innegable. También lo es el desprestigio de la política a raíz de la corrupción y la pérdida del monopolio de la representatividad por los partidos. Todo ello apunta incluso al cuestionamiento, en no pocos países, de la necesidad de esos partidos para la vida democrática, de la utilidad de los Congresos y Parlamentos, de la pertinencia de utilizar recursos públicos para sostener el sistema político, entre otras formas de cuestionamiento o franca deslegitimación de las instituciones. La gente no se siente ni se asume parte de lo público, y ante estas realidades es preciso que los partidos asuman un rol que, si bien no necesariamente debe ser protagónico, sí debe devolver el sentido de la participación a la sociedad.

Rosanvallón (2008) señala que esa legitimidad pasa de manera obligada por la proximidad, esto es, lo que se ha llamado *gobernanza*. Afirma así:

La proximidad es también accesibilidad, apertura, receptividad a los demás. Supone falta de desnivel, una facilidad para la interpelación, una cierta inmediatez en la relación; remite a una falta de formalismo. En el orden político, un poder se considerará próximo si no está amurallado en sus prerrogativas, si baja de su pedestal, si acepta simplemente la discusión y la crítica, si solicita opiniones; si considera, en suma, que no puede limitarse a lo literal del funcionamiento de las instituciones, sino que debe instaurar un estilo de relaciones más flexible y directo con los ciudadanos.

En este orden de exigencias es donde los jóvenes interesados en la participación política partidista tienen un lugar privilegiado para la acción. Las estructuras establecidas y rígidas, la falta de imaginación para las nuevas realidades, la distancia de las elites de lo cotidiano, el formalismo que ronda en lo petulante y ensoberbecido, la solemnidad del protocolo y las estructuras de autoridad verticales son tan chocantes al joven como al ciudadano ajeno a la vida partidista. Y son estas características las que urge modificar o, al menos, relajar lo suficiente para que la política comience a dejar de ser vista como un extremo inaccesible y se convierta en un espacio de encuentro, de participación. La transformación del

«Lo más alarmante es que la fórmula pareciera infalible y poco a poco cobra nuevos adeptos alrededor del mundo: de ahí la urgencia de que los partidos tradicionales sean capaces de ofrecerse como alternativa seria, responsable»

poder de lo vertical a lo horizontal no pretende acabar con las jerarquías pero sí relajar sus límites, de tal forma que los liderazgos no lo sean por nominación u organigrama sino, al contrario, por reconocimiento, mérito y empatía.

Una política de proximidad, además, requiere espacios desde donde practicarse y ejercerse. Y es complejo que esos espacios sean los comités centrales de los partidos, con su aura de mausoleo, oficina silente de trabajo sesudo y restrictivo. En cambio, los comités o delegaciones locales pueden fungir como un mejor punto de reunión, no solo por carecer de la formalidad sino, sobre todo, porque en su cercanía con la comunidad inmediata ofrecen a su vez posibilidad de acercamiento con los vecinos, con los amigos, con los colegas: no con aquel que aparece en el diario o en la televisión sino con el que comparte problemas, alegrías, vecindad e inclusive calle. El municipalismo es el mejor camino para devolver a la ciudadanía un espacio para establecer comunidades de cercanía.





Interior de la Estación de Amberg-Central  
Foto: Ad Meskens, via Wikimedia Commons

Ahora bien, la instrumentalización de la gente en meros electores o votos es vista de sobra como aprovechada, alevosa y oportunista. Y la democracia ya no puede seguir siendo solo votar o manifestarse en la vía pública ante un problema determinado. Se requiere, además, que la sociedad participe proponiendo, aportando, siendo escuchada e incorporadas sus ideas y reflexiones al trabajo de los partidos. Si el nivel municipal es el más adecuado para esto, también ese nivel debe organizarse de tal suerte que cada cual pueda sumar en lo que se considere más apto, allí donde su propia experiencia y formación resulten de utilidad para los demás. De poco servirá acercar a la gente si esta no tiene nada que hacer en los partidos; en cambio, si ese acercamiento se encuentra estructurado y

organizado de acuerdo, por ejemplo, con temáticas específicas, habrá un sentido no solo de participación sino además de utilidad y sentido trascendente, porque una idea puede transformarse en propuesta de plataforma política, en parte de una ley, en solución para un problema común. Incentivar y dar seguimiento a este tipo de involucramiento abre la política a ideas nuevas y frescas, construye desde el profesionalismo individual un proyecto colectivo.

Otro tema pendiente es la aproximación del político a las organizaciones no gubernamentales. Si en ese espacio es donde se está reuniendo hoy en día el deseo de aportar, incluso de manera monotemática, los partidos pueden ser los que aglutinen lo que se encuentra disperso en un proyecto

que se construya por adición de las partes. Este acercamiento, no obstante, no puede seguirse haciendo desde el protagonismo, también utilitarista, que ha distinguido a la política: debe tenerse claridad acerca de cuándo es importante estar en la segunda o tercera fila, cuándo hay que estar en la última, cuándo a un costado, cuándo incluso ni siquiera es necesario estar, pero también cuándo hay que ir al frente. La omnipresencia del político que transforma cualquier iniciativa social en espectáculo personal o partidista no puede seguir siendo la regla que convierta el esfuerzo colectivo en beneficio de unos pocos.

En esa apertura es muy probable que el político *de carrera*, además, se tope con perfiles que demuestren su capacidad para encabezar público y que, al mismo tiempo, tengan disposición a la participación activa o interés en ella. Es indispensable, pues, que quien demuestre méritos y compromiso cuente con la posibilidad de insertarse en la actividad partidista, destrabando la burocracia que suele distinguir a los partidos y que implica algo así como *hacer fila*, porque es cierto que la experiencia o el conocimiento que se adquiere por fuera de la política también puede ponerse al servicio de esta. Si incluso las universidades aceptan la experiencia profesional como sustituto de las horas académicas, ¿por qué la política no hace lo propio?

La posibilidad de espacios directos de participación, este paso a perfiles frescos y no envejecidos por la comodidad, abrirá también el ámbito partidista a nuevas temáticas. Uno de los

grandes conflictos que enfrentan los partidos tradicionales, y en particular los de corte humanista, es que la enorme carga de legados que conforman su historia tiende a convertirse, o puede hacerlo, no en el impulso para enfrentar el presente, sino más bien en una losa o lápida que lastre los intentos de avance o modernización. En ese sentido, la renovación de agendas y la sensibilización hacia lo que ocurre afuera —en lugar de la perpetuación de lo que siempre ha ocurrido adentro— resulta fundamental para responder a los retos y estar cerca de las necesidades de sociedades cada vez más plurales y diversas, con formas nuevas de convivencia que exigen también una renovada manera de entender y asumir la realidad.

« La democracia ya no puede seguir siendo solo votar o manifestarse en la vía pública ante un problema determinado. Se requiere, además, que la sociedad participe proponiendo, aportando, siendo escuchada e incorporadas sus ideas y reflexiones al trabajo de los partidos »

De este modo y en ese orden, cercanía, apertura, organización y renovación pueden ser los pasos para una agenda que devuelva a los partidos su capacidad de ser punto de encuentro

para quienes buscan, en común, construir lo común. Porque es un hecho que seguir haciendo las cosas como se han hecho hasta hoy resulta insuficiente y a todas luces hasta perjudica un urgente y necesario nuevo modo de entender y ejercer el poder. La endogamia de las elites y su tendencia a aumentar la distancia y complicar el acceso a la política terminará, de no haber cambios, en un canibalismo de consecuencias mucho más graves de las que se han visto. Martín Caparrós (11.11.2016) lo enuncia de manera atinada:

Lo que no podía pasar está pasando más y más [...]. Ya no sabemos qué puede o no puede pasar, ya no tenemos referencias sólidas porque dejamos de querer saber cómo son los otros, cómo somos [...]. Los políticos ya no conocen a la gente que dicen representar: los grandes partidos ya no están formados por ciudadanos movilizados sino por piezas de un aparato que las formatea y las aísla.

Un último punto es el que tiene que ver con la corrupción o, visto de otro modo, con la honestidad que debiera distinguir a quienes deciden dedicar su esfuerzo y su trabajo a lo público. El caso Oederbrecht abre un nuevo frente en Latinoamérica y poco a poco ensucia carreras públicas, algunas ya en el retiro, o trunca otras incluso ya consolidadas; este tipo de situaciones merma el interés de la sociedad por acercarse a la política, porque nadie o muy pocos quisieran aparecer junto a un grupo de maleantes, o también puede ocurrir, por el

contrario, que nuevos maleantes se aproximen adonde ya constataron que el hampa rinde frutos. Se ha dicho que los marcos legales estrictos y la aplicación sin distinguos de la ley pudieran y debieran ser la solución, pero es muy cierto —citando a Naím— que ahí donde solo se hace lo que dice la ley no hay espacio para la autoridad moral, que es aquella que se obtiene de hacer las cosas de cierto modo no solo porque así lo marca un código o reglamento, sino sobre todo porque se tiene claro lo que se *debe* hacer. En este *deber ser* radica la diferencia entre quienes esperan no ser sorprendidos por sus faltas y quienes eligen no caer en esas faltas, aunque ello implique tener menos recursos para una campaña, perder una elección o quedar fuera de una candidatura. La política que aspire a recuperar su papel preponderante en la construcción de lo público no puede basar su autoridad solamente en lo legal: debe ser ejemplo por lo que elige libremente y no solo por lo que acata legalmente. Ahí radica la ética, ahí están los valores, en ese pequeño fraseo subsiste la posibilidad de devolver la virtud a quien conduce los designios de un pueblo, un grupo o un partido.

Y son precisamente los jóvenes quienes pueden seguir la ruta que se expone. O más allá: son los jóvenes quienes deben decidir si se conforman con utilizar un saco heredado que, aunque no ajuste de manera cómoda, funciona al menos para cubrirse o si, en cambio, deciden qué partes se reparan, cuáles se sustituyen, dónde se borda fino y dónde es necesario algo absolutamente distin-

to. No es tarea fácil, pero tampoco es imposible. Aquí se proponen algunas ideas. No son todas ni son definitivas; apenas representan un esbozo que hace falta, sin duda, construir, enfrentar y abordar en común.

## Referencias y fuentes consultadas

- CAPARRÓS, M. (11.11.2016). «El año en que chocamos con nosotros mismos». *The New York Times*, edición en español, <<http://nyti.ms/2lKsJJ9>>.
- CARRIQUIRY, A. (2017). «Bienvenidos a la posverdad». *Diálogo Político*, <<http://dialogopolitico.org/?p=3732>>.
- CASTILLO LÓPEZ, C. (2015). *La urgencia humanista. Alternativa para el siglo XXI*. Ciudad de México: Fundación Rafael Preciado Hernández.
- COLOMER, J. M. (2015). *El gobierno mundial de los expertos*. Barcelona: Anagrama.
- (2009). *Ciencia de la política*. Madrid: Ariel.
- HABERMAS, J. (1994). *Facticidad y validez. Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*. Madrid: Trotta.
- KEYES, R. (2004). *The Post-Truth Era*. Nueva York: St. Martin's Press.
- MAIR, P. (2015). *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental*. Madrid: Alianza.
- MAYORGA, R. A. (1997). «Antipolítica y neopopulismo en América Latina». *Relaciones*, n.º 161, serie Convivencias XV, Montevideo.
- NAÍM, M. (2013). *El fin del poder*. Santiago de Chile: Debate.
- ROSANVALLON, P. (2008). *La legitimidad democrática*. Buenos Aires: Manantial.
- SCHEDLER, A. (1997). «Introduction. Antipolitics – Closing and Colonizing the Public Sphere». En *The End of Politics? Explorations into Modern Antipolitics*. Londres: MacMillan Press.
- (1994). «Antipolitical Opposition: A Framework for Comparative Analysis». Documento preparado para ser presentado en el Vienna Dialogue on Democracy.
- WOLDENBERG, J. (2013). «Aproximaciones y reintegros: la democracia tensionada». *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, n.º 217, Universidad Nacional Autónoma de México, enero-abril.